

Éramos tres, Pedro alias “el Bruto”, Pepe alias “Pepe Rolling” y yo, alias “el Pardi”. Teníamos alrededor de 15, 16 años, eran los años sesenta y vivíamos en una de las ciudades más “carcas” de la época, que ya es decir... “Ávila”. Ni siquiera teníamos dónde comprar discos de música; menos mal que los viernes había un mercadillo y venía un tío majo, tocayo mío, “Pablo” que tenía un puesto con los últimos discos de los Rolling, Beatles...etc. Como no conocíamos los títulos de los discos nos los ponía en una tocata portátil (a pilas) y sino las tarareábamos para ver si él las conocía. Yo creo que se lo pasaba muy bien con nosotros. Cuando habíamos ahorrado algo o mejor dicho nos habíamos apañado algún dinero, comprábamos todo lo que podíamos. Al cabo del tiempo entre los tres teníamos una buena colección de discos casi todos pequeños singles de 2 o 4 canciones. Estos discos nos los poníamos una y otra vez en casa de Pepe, en la galería, donde hacía un frío del demonio, pero pasábamos del frío y con un pequeño tocadiscos “telefunken” que a nosotros nos parecía que sonaba de maravilla, pasábamos la tarde.

Después de darnos una sesión de música salíamos a dar una vuelta por la ciudad. Lo primero era comprobar la pasta que teníamos entre los tres; hacíamos fondo común, el mínimo eran 50-25 pesetas, tabaco, (una cajetilla de celtas cortos), pipas y las cañas que pudiéramos. Cuando habíamos dado un palo “los huevos, un single o algo así” nos dábamos un homenaje en casa Teodorillo: callos, picadillo de chorizo y jarra de vino tinto de la casa. Era el puto paraíso...si no fuera por las chicas, quiero decir que ligar en Ávila era todo un arte y nosotros no éramos precisamente unos artistas; pero de vez en cuando surgía algún guateque en un garaje y si podíamos nos colábamos o nos invitaban. Las chicas eran del montón, no destacaba casi ninguna y la que lo hacía ya estaba comprometida con alguien. Éramos tipos duros, pero sin creérnoslo, ni siquiera conocíamos esa expresión. Íbamos a lo nuestro y punto; si conocíamos a una chica y nos gustaba pues a por ella... es decir, intentábamos ligar con ella; era difícil, pues como ya he comentado o estaban ya emparejadas con otros o eran muy creídas y no era cuestión de aguantar.

Pero el último año del cole, “Pepe Rolling” y yo, ligamos con dos amigas que estaban bastante buenas, sobre todo la mía “Loli”. Pero tuve la mala suerte de que se la murió una abuela y se pasó el invierno vestida como una monja de gris oscuro y no había forma ni de acercarse; así es que duró poco la cosa... luego la volvería a ver y salí con ella ya en Salamanca, pero eso lo contaré más adelante.

En Ávila los inviernos duran 9 o 10 meses, eran largos, tristes y aburridos; pero como no conocíamos otra cosa pues na, a esperar a ser mayor y salir pitando de la ciudad. En verano teníamos dos cosas, la piscina casi siempre por la mañana y las verbenas por la noche. La piscina estaba muy bien, pero la putada era... que en mi casa se comía a las dos en punto como norma, total que cuando mejor se estaba yo tenía que irme a casa. Un día aparecieron por la piscina la rubia y su hermana, dos chicas guapísimas, era la una y media del mediodía. Yo tenía que irme a casa a comer para no llegar tarde... y mi amigo Pepe que estaba colgado de la rubia me dijo que volviese a la piscina después de comer y trataríamos así de ligar con ellas y así fue, solo que cuando volví y nos pusimos a hablar con ellas,

sobre las tres y media de la tarde, las chicas se levantaron y se fueron. Resulta que todavía no habían comido y por eso se iban a casa. Nos quedamos solos y con cara de gilipollas; yo me había gastado un bono de piscina para nada...

Había dos tipos de verbenas, las populares que iban por barrios o incluso pueblos cercanos y las del Casino o la de la “Peña”. Empezaban a las 11 o 12 de la noche y siempre nos pasaba lo mismo. Primero nos decíamos que “había que entonarse”, es decir tomar vino y cerveza y para cuando íbamos a la verbena las mejores chicas ya estaban bailando y liadas con alguien; así es que nos decíamos que no había “na” que mereciese la pena y nos íbamos sin bailar ni una. Ya digo de ligue un desastre. En las verbenas tocaban un grupo, que por lo general eran de pena. Había una orquesta llamada “Stuka” que eran para llorar. Lo mejor era cuando se tomaban un descanso, los pobrecillos, entonces ponían discos y eso era otra cosa. A veces en las verbenas populares, en los barrios las cosas se ponían feas. Recuerdo una vez que me empeñé a sacar a bailar a una chica y la cogí del brazo... en un momento se armó la de dios, me vi rodeado de amigos y familiares de la chica zarandeándome por supuesto.

Mis colegas desaparecieron, pero la cosa no pasó de unos empujones y algún puñetazo. Lo peor era que yo les conocía: uno era el camarero de un bar muy famoso “Pepillo” que nos gustaba mucho por las tapas que ponían “patatas bravas” y claro yo tenía que ir allí y hacer como si no hubiese pasado nada. En fin, el camarero era un tipo bajito y gordito y tal.

A pesar de todo en las verbenas estábamos en nuestra salsa, nos lo pasábamos pipa... no parábamos, incluso alguna vez hasta ligábamos, aunque de vez en cuando, tuviésemos algún percance con novios celosos, amigos o familiares de las chicas, pero siempre nos las arreglábamos para salir por patas o no del asunto y luego recordándolo nos reíamos de todo, en fin, era la hostia.

Son los años 60 aunque entonces no dábamos ninguna importancia a esa cifra, la vida era bastante vulgar por decir algo. Cuando nos aburríamos y era bastante a menudo, lo mejor era comprar un paquete de” pipas calvo” y a esperar mientras nos las comíamos ya se nos ocurriría algo o no, quien iba a saber.

Pero pasemos esa etapa y vayamos al asunto... a los años 60”

Como he contado al principio, a mí me llamaban “el Pardi” pero lo cierto era, que los tres éramos unos putos pardillos sobre todo con las chicas, no nos comíamos un rosco ni de coña. Ellos dos se conocían desde niños, eran del mismo barrio “del chico”, yo era “del grande” un poco más pijo, aunque la realidad era que no había gran diferencia. Así que formábamos una panda un poco extraña y por eso creo que me apodaron “el Pardi” lo cual tenía un punto de cierta mala leche, pero también rimaba con mi apellido. Yo hacía como que no entendía lo que querían decir...en el fondo pensaba que ellos me tenían cierta envidia y yo a su vez envidiaba su compañerismo, algo que sabía que estaba fuera de mi alcance; pero bueno lo importante era procurar divertirnos y pasarlo lo mejor posible.

“Era de noche y sin embargo llovía”. Me acuerdo de cómo nos descojonábamos con la frasecita que según Pepe era de un vecino suyo que escribía novelas del Oeste, supongo que sería verdad pues tenía demasiada gracia como para habérsela inventado.

Como ya he dicho antes, los inviernos en Ávila eran muy largos desde finales de septiembre hasta finales de mayo. La rutina del aburrimiento y el frío era interrumpida solo en dos fechas: en navidad y en semana santa. Cuando estás aburrido las ideas tontas se amontonan y en Ávila el aburrimiento era lo normal. Así que un día se nos ocurrió robar una gallina, así sin más; la idea era llevarla al campo y asarla en una hoguera en una especie de cueva entre las piedras. Por lo menos la primera parte del plan salió bien, teníamos la gallina, pero el desastre de desplumarla y cocinarla en una fogata de mala muerte en un agujero, donde casi nos asfixiábamos por el humo, resultó ser una idea demencial y estaba horrible debía ser la gallina más vieja del corral. Todavía no sé cómo hoy día puedo comer pollo o algo parecido. Eso sí al recordarlo, nos reíamos de nosotros mismos sin parar, meses después.

En Ávila abundaban dos cosas, bares e iglesias, así es que la elección era clara, porque lo nuestro no eran los curas. Recuerdo un bar que era “el copón” y que estaba en la sede de los llamados Sindicatos, lo cual en un país en el que no existían, al menos lo que hoy en día se entiende por tal, era

chocante, pero bueno eran las cañas más baratas y unos aperitivos geniales, la especialidad... “berberechos en vinagre” después de pinchar todos los berberechos sorbías el caldillo, ¡guau! Cuando teníamos un extra de dinerillo que habíamos sacado de alguna forma, lo celebrábamos a lo grande en un restaurante de verdad, una vez por mi cumpleaños nos fuimos a uno que estaba en las afueras de la ciudad “el Ventorro del Sol” fue genial sentados en una mesa y servidos por camareros...increíble, recuerdo que me pedí “cochinillo cochifrito” o algo así. Mi hermano pequeño se lo tomó a mal y se cabreó que me gastase el dinero de mi cumpleaños con mis amigos “Pepe Rolling y el Bruto” .

En una calle empinada, había un cine especializado en programas dobles y yo tenía un amigo que era hijo de un juez o algo así, presidente de la Audiencia o más, yo que sé, el caso es que iba con él al cine y al portero el tío le soltaba el rollo” somos hijos de tal y tal...” y el menda de la puerta se cuadraba y nos dejaba pasar por todo el morro sin pagar, yo por supuesto alucinaba.



Pero lo mejor de todo era ir a la última sesión del cine, cuando ya era de noche de verdad; había una sesión que empezaba a las once y sólo por el ambiente ya alucinaba. Allí veías tipos extraños de los que normalmente no te encuentras precisamente paseando. Pepe era especialista en contar historias de este o de aquel, que si había hecho esto o había hecho lo otro y nos lo pasábamos de miedo. Cuando salías del cine, era tan tarde que no había nadie por la calle y si era verano aprovechábamos para sentarnos en las terrazas solitarias de “Pepillo” o de “Piquío” a tomar el fresco. Una vez vino la policía a echarnos de malas maneras por no se sabe qué; no se podía estar en la puta calle a ciertas horas.

En mi casa todo estaba mal visto: tomar el aperitivo sentados en una terraza, ir a la piscina, salir de noche... vamos que tenías que salir de casa Si o Si. Tenías la ventaja, claro, de que era prácticamente imposible encontrarte con alguien de tu familia y mira que Ávila era pequeña. Había una excepción que era mi hermano pequeño, el benjamín de la casa, ya que teníamos que ir juntos a todos los lados.